

tomamos parte en el melodrama. Porque evidentemente, Lola, á pesar de su espiritualidad juvenil, había nacido para la vida práctica que ahora lleva, y en la que tanto ha enanchado. Ahora me horrorizo de pensar que podría verme enlazado con una matrona de su fecundidad, de sus años y de su peso.



EL ESPEJO.



A dedicación de Miguel Villena á las letras había despertado en su espíritu el amor á las cosas ideales; para él no era la tierra que pisaba más que el pedestal de sus ensueños. El mundo que habitaba su pensamiento apenas tenía semejanza con éste sublunar, donde marchaba y vivía. Débiles y confusos llegaban á sus oídos los ecos de la sociedad, como vago rumor de río distante. Violentos afectos agitaban su espíritu de continuo, á merced de una sensibilidad exquisita: para él era imposible el reposo, pues gozaba ó sufría in-

moderadamente por las grandes y por las pequeñas causas.

Apenas mozo, encontró en su camino á una gallarda joven que conmovió todo su ser, y que fué para él desde aquel momento, cifra de sus ilusiones, encarnación de sus esperanzas, realización de sus votos.

Aurora se llamaba, y era síntesis de cuantas hermosuras puede concebir el ensueño. Blanca y nacarada era su tez, como vaso de alabastro henchido de rosas; azules sus ojos, como el espacio diáfano al través del cual se adivinan los cielos. Las ricas trenzas rubias que rodeaban su cabeza, formaban diadema de oro en torno de su frente de reina. El timbre de su voz infantil hacía caer en éxtasis á cuantos le escuchaban. Era acordada su risa, como el murmullo de una fuente, y sus manos blancas y afiladas recordaban las de las estatuas antiguas. Su paso rítmico parecía marcado por una cadencia interna.

Todo en ella era armonía, todo luz, todo belleza.

Ante la impetuosidad de las pasiones de Miguel, se había inclinado subyugada como una sierva ante su señor. Y como siguen

al huracán las pequeñas aristas, el amor de Miguel arrastró en pos de sí el corazón de Aurora.

Mucho tiempo se amaron esperando el día de la suprema felicidad; por fin sonó la hora con tanta impaciencia aguardada, y sus destinos se unieron para siempre.

Entonces comenzó para ellos una vida que fué un éxtasis. El uno al lado del otro, sentíanse más felices que si hubiesen poseído todos los tesoros de la tierra. Encerrados en su amor no veían nada fuera de él. Los hombres, la sociedad, la ambición, el orgullo, todo cuanto se agitaba á su derredor, no era para ellos más que un torbellino confuso que no lograba sacarlos de su arrobó. Cuando, asidos de la mano, veían sus almas asomarse á los ojos y jurarse amor eterno, ahogábales la dicha, y en alas de la ilusión, ascendían al cielo de la infinita ventura.

¿Quién podrá pintar los goces inefables de un amor grande y puro cuando conmueve almas soñadoras que se unen y confunden la una en la otra, sin rubor ni remordimiento, en presencia del cielo y de la tierra?

Miradas dulces, blandas sonrisas, suspi-

ros lánguidos, palabras cariñosas, castos besos; ¡ah! todas esas son notas del himno celestial que se llama amor, cántico que entonan las almas felices en esta vida, como un preludio de los inmortales que resueñan en las alturas.

II

Bendijo Dios el amor de los esposos concediéndoles un hijo, bello como los amores: parecía un ángel de los que vuelan en torno de las Vírgenes de Murillo. La risa de sus labios era como un rayo de sol iluminando el paisaje.

Amáronse los esposos todavía más desde el nacimiento del niño, porque era éste para ellos á la vez el uno y el otro; era los dos, y era un ser distinto: condensación de su amor, punto de convergencia de sus dos seres, confluencia de sus dos vidas. Sentirse reproducidos ambos, renacidos á la vida, habiendo llegado á confundirse, á identificarse formando un solo ser: ¡qué felicidad! Miraban á aquel niño como el espejo del uno y del otro, y le adoraban porque se adoraban entre sí.

Pasaban las horas contemplándole. Locos de contento le veían sonreír y agitar las manecitas sonrosadas; y velaban su sueño conteniendo la respiración, y cubrían de besos su risueño semblante, cuando al abrir los ojos gorjeaba como los pajarillos.

Sería imposible contar los planes que formaron sobre aquella vida incipiente. Ya veían á su hijo crecer, siempre hermoso, y alegrar el hogar con sus juegos infantiles. Era inteligente, bueno y cariñoso. Todos los padres se lo envidiaban. ¡Qué dedicación tan grande le consagrarían! Cuidaríanle como á su único tesoro sin omitir sacrificio; la sangre de sus venas le darían si fuese necesario, y al derredor de él, formarían escudo con sus propios pechos.

Esperaban con ansia que comenzase á hablar. ¿Diría primero *papá* ó *mamá*? Era un problema que seriamente les preocupaba. ¡Niño encantador! No hubiera podido ser menos hermoso, siendo el fruto de un amor tan grande y tan puro.

III

Pero el destino ve con ojeriza á los seres felices. Es envidioso, y la dicha le causa

celos. Como una fiera asecha á su víctima, así asecha á los que tienen un cielo dentro del corazón, y busca el momento de herirlos con mayor crueldad. ¿Cuándo se ha visto que la felicidad no sea trágica? Al través de la sonrisa, en los momentos de la más dulce alegría, pueden verse brillar las lágrimas. El hombre está predestinado al llanto, como la víctima al sacrificio. La felicidad es la superficie espléndida del dolor, como la brillantez del océano, donde se refleja el cielo, no es más que el barniz de los abismos.

De súbito y por causa ignorada se quebrantó la salud de Aurora. Su deslumbradora belleza comenzó á languidecer. Palidieron sus mejillas, como flores sin sol; amortiguóse el brillo de sus ojos, como astros velados por nube espesa; perdieron el carmín sus labios rojos, como claveles marchitos; y su voz débil y trémula sonaba como un soplo.

El corazón de Miguel se partía ante cuadro tan doloroso. No comprendía cómo aquella existencia tan íntimamente ligada á la suya, podía separársele; cómo la felicidad que había echado en su corazón raíces tan

profundas, podría ser desarraigada; ni cómo pudiera ser posible su propia vida fuera de ese foco de luz y armonía, de donde tomaban calor su corazón é ilusiones su mente. Y semejante al náufrago que hace esfuerzos supremos para no hundirse, afanábase por detener aquella existencia que se escapaba como agua privada de dique.

Aurora rechazaba horrorizada la idea de morir. ¡Cómo! ¡Morir en lo más florido de la juventud, teniendo un esposo amante y querido y un hijo hermoso, y sintiendo el corazón henchido de felicidad! A esta idea, el terror helaba su sangre, llamaba á gritos á Miguel, y tomándole las manos y cubriéndoselas de besos, con lágrimas en los ojos le decía:

— ¡Miguel! ¡Miguel! ¡No me quiero morir, no permitas que me muera!

Al escucharla, sentía el joven que el corazón se le rompía, como lira de cuerdas demasiado tensas, y se echaba á llorar como un insensato. Y buscaba en vano en su pensamiento algún recurso para salvar á su querida Aurora; y contestaba con grandes sollozos:

— Tú no puedes morir. ¿Cómo habrías de morir sin que yo me muriera?

Y en su mente exaltada por el dolor, se hacía, en efecto, estas reflexiones; porque pensaba que era preciso que ambos muriesen á la vez ó que ninguno muriera. ¡Tan ligadas así sentía las dos vidas!

Pero, entretanto, la cruel dolencia continuaba el curso trágico. Al fin comprendió Aurora que era imposible vivir; y aunque con el alma destrozada, se resignó dulce y cristianamente á recibir el golpe que sobre ella descargaba la mano de Dios.

Y al estado de exaltación en que antes se encontraba, sucedió una amargura reposada, que la hacía aparecer como una mártir próxima á recibir la palma del triunfo de manos de los ángeles.

Dos cosas había, empero, que la inquietaban: el porvenir de su hijo y la fidelidad de su esposo. Cuando alguna vez pensaba que Miguel podría volver á amar, que podría dar el corazón á otra mujer, sentía que le faltaban las fuerzas para el sacrificio. Dominada por esos pensamientos, estaba cierta de morir desesperada. Ya se imaginaba ver á su tierno hijo, al hijo de sus entrañas, en poder de una madrastra celosa y dura; ya desaseado y mal vestido, ocultándose

olvidado por los rincones de su casa, como si no tuviese hogar; ya flaco y pálido; causando compasión á la gente, y llorando por la memoria de su madre!

Ante cuadros tan desgarradores, sentía que su razón se turbaba. No quería que Miguel amase nunca á nadie mas que á ella. ¡Que viviese para su recuerdo como había vivido para su amor! Era justo que así fuese; lo contrario sería un crimen.

Observaba con dolor el esposo dibujarse estas inquietudes en la frente de Aurora, como nubes tempestuosas en el espacio; pero en vano la preguntaba cuál era la causa de sus penas, pues se negaba porfiadamente á revelarlo.

Hasta que al fin, un día en que la marea del dolor subió muy alto y estuvo á punto de ahogarla, rompió sollozando su obstinado silencio. La interna lucha que por tantos días había sostenido, había agotado su escaso vigor. Su faz demudada y la lividez y diafanidad de su cutis, dábanle el aspecto más bien de una resucitada que de una moribunda. Había una fijeza extraña en su mirada, y en su acento débil y sordo como un eco subterráneo. Era un ser colocado en

el límite indeciso de este mundo y del otro; á la vez iluminado por la luz mundana y por la eterna. Augusta solemnidad la rodeaba.

Llamó á su lado en aquellos instantes supremos á su esposo, y con acento breve y cortado, y mirada de ultratumba, le dijo:

—Miguel, siento que la vida se me va: dentro de breves instantes habré dejado de existir.

—¡No lo digas! repuso Miguel con voz desgarradora; no morirás; vivirás para mi cariño, para mi dicha.

—¡Ay! ¡imposible!— continuó la enferma levantando la mano descolorida y hundiéndola en la cabellera de su esposo;—mucho se lo pedí á Dios, pero no ha querido concedérmelo. ¡Que se haga su santa voluntad! No hay que pensar más en ello. Hablemos de otra cosa importante, y que es preciso arreglemos antes de mi muerte para que ésta sea tranquila. Dime, después que haya desaparecido de este mundo, ¿volverás á amar?

Hablando así, echó hacia atrás los cabellos que caían sobre la frente de su esposo, y manteniendo asida con la mano la cabe-

za de éste, obligóle á levantar el rostro y á mirarla de frente.

—Aurora, contestó Miguel con acento de reproche, ¿cómo te atreves á hacerme tal pregunta! Sabes que te adoro, y que mi alma, mi vida y todo mi ser te pertenecen. No puedo querer á nadie mas que á tí. ¡A tí sola; á tí sola ahora y siempre!

—Eres demasiado joven, repuso Aurora con amargura, y harto fogoso y soñador. No muy tarde renacerán tus ilusiones. Todo el amor que te tengo (el cual sabe Dios que ha sido muy grande) no será mas que un episodio de tu vida. La tragedia que vas á presenciar se te olvidará con el transcurso del tiempo.

—Jamás te olvidaré, Aurora mía: tus palabras me taladran el corazón.

—Ojalá pudiera creerlo; mi último pensamiento sería para bendecirte. La suerte de este pobre niño, nuestro hijo, me contrista. ¿Qué sería de él si le dices madrastra?

—Por Dios, no digas esas cosas; te haces daño á tí misma, y me lo haces á mí, Aurora.

—¿Quieres que muera en paz?

—No omitiría sacrificio por sosegar tu espíritu.

--Pues júrame por este Crucifijo, que no has de querer á ninguna otra mujer y que no le darás madrastra á mi hijo.

Tomó Miguel la imágen bendita y dijo sin vacilar:

—Juro por este santo Crucifijo que no he de querer á ninguna otra mujer después de tí, y que no le daré madrastra á mi hijo.

Al oírle, dejó ver Aurora en los ojos amortiguados débil fulgor de alegría.

—Y yo te juro, dijo como iluminada y articulando con esfuerzo, que si faltas á tu promesa, con la venia de Dios vendré á castigar tu perjurio.

—Consiento en ello, repuso solemnemente el esposo.

—Dios te lo premie, añadió Aurora con voz casi imperceptible; me voy tranquila y contenta.

Buscó luego la mano de Miguel, y cogiéndola con la helada suya, púsola sobre su corazón, que latía débilmente. Así transcurrieron algunos instantes. Al cabo de ellos abrió los ojos como espantanda, y gritó:

—¡ Mi hijo! ¡ mi hijo! ¡ quiero ver á mi hijo!

Al punto fueron obedecidas sus órdenes.

Ella alargó la mano trémula é hizo á la criatura la postrer caricia. Luego pidió el Crucifijo, y tomándolo clavó en él los ojos vidriados.

En aquel momento entró el sacerdote. Aurora había recibido ya los auxilios espirituales, y su alma estaba tan limpia como la de un niño.

El sacerdote con un cirio bendito y el devocionario en las manos, se puso á rezar con visible emoción.

Entretanto ahogaba Miguel los sollozos arrodillado á los pies de la cama y clavando los ojos velados por las lágrimas en el rostro de la moribunda.

Aurora se iba muriendo poco á poco. Hízose trabajosa y silbante su respiración; elevábasele el pecho con movimiento mecánico; poco á poco fué faltando el aliento. Sombra indefinible se derramó por su faz, como si invisible mano hubiese corrido sobre ella un velo ténue y obscuro. Adquirieron sus ojos fijeza extraña, y más y más se empañaron, y agitáronse dulcemente sus labios, como si rezase.

Y levantó despacio y con gran esfuerzo, la mano en que tenía asido el Crucifijo, y

acercó éste á sus labios, que se pegaron á las divinas plantas del Salvador.

A la sazón articulaba con voz clara el sacerdote :

— *Salga á recibirte un escuadrón lucido de ángeles; y el coro de los patriarcas, de los apóstoles, de los mártires y de las vírgenes te reciba en su seno, llevándote al mundo del eterno descanso!*

Todavía resonaba el eco de las prees, cuando ya Aurora había volado á reunirse con los coros célicos que invocaba el oficiante.

Calló éste, y los circunstantes guardaron también silencio, arrodillados; sólo Miguel rompió el recogimiento solemne.

— ¡No puede ser! ¡No puede ser!—gritó.— ¡No ha muerto, estoy seguro de que no ha muerto!

Y acercándose á Aurora, le tocó con febril angustia la frente y las manos, y en vano le buscó los latidos del corazón; y pegando la boca sollozante á la helada del cadáver, parecía querer infundirle su propio aliento.

IV

El afligido esposo perdió casi la razón al rigor de aquel golpe terrible. Enlazado al cuerpo de Aurora con frenesí, era como un náufrago asido á la frágil tabla que resume su única esperanza. Los sollozos y gemidos que arrojaba del pecho partían el corazón de los circunstantes; era la voz de un dolor íntimo, profundo, de los que estallan en naturalezas especiales y sacuden todas las potencias del cuerpo y todas las facultades del espíritu. Aquel arrebató, pasando la valla del sufrimiento común, revistió los caracteres de una crisis mortal, convirtiendo á Miguel en un ser enfermo y desquiciado. Por compasión fué preciso separarle del cadáver. De este ministerio se encargaron sus amigos, quienes temían que la razón del joven viudo quedase desequilibrada para siempre.

Condujéronle al aposento inmediato, y le recostaron en el lecho, recomendándole una prudente quietud con palabras suaves y persuasivas; é intervinieron los doctores para

administrar al paciente drogas calmantes que pusiesen término al espasmo.

Pasado el furor de los primeros momentos, durante los cuales apostrofó Miguel con rabia á sus mismos amigos, llamándoles *cruces, verdugos y traidores*, abriéronse las cataratas de sus ojos y derramó lágrimas á raudales, bañando en ellas el rostro, como con un rocío bienhechor.

Aquel desahogo, que se prolongó por espacio de horas, fué seguido de un abatimiento profundo. Vino después el letargo, ese letargo pesado y doloroso que suele sobrecojer á los mártires en medio de su agonía; ese letargo que, más que reposo, pudiera llamarse desmayo, debilitación de vida, pérdida de energía, agotamiento de fuerzas para soportar el tormento. Durante él, perdió el joven la conciencia de los hechos, pero conservó la percepción vaga del dolor, la saturación física y moral de la amargura; y su organismo aniquilado y su imaginación ennegrecida continuaron sufriendo de una manera sorda bajo el velo de la inercia.

Sería la media noche cuando, sacudiendo el sopor, abrió de nuevo los ojos. Echó en torno una mirada. La pieza estaba oscura

y silenciosa. Creyó de pronto hallarse solo, pero distinguió tumbadas sobre las sillas las sombras de algunos fieles que se habían quedado dormidos.

No comprendió lo que pasaba; mas oyó rumor monótono y acompasado de voces— el coro de la oración que salía del aposento próximo—y vió por la puerta entreabierta, luz rojiza que dibujaba en el suelo una raya luminosa.

Y al oír aquel coro tristísimo, y al mirar aquel fulgor como de incendio, dióse cuenta de lo que había pasado, y arrojando un grito dolorido, pretendió levantarse para tornar al lado de Aurora.

Pero los amigos solícitos le detuvieron, para impedir la renovación de la crisis.

—Dejadme, deciales Miguel forcejeando con ellos, dejadme verla por último. ¿Acaso no soy hombre? Tengo bastante resistencia para soportarlo todo, y si me mata el dolor, seré menos desgraciado.

Pero todo fué inútil, brazos robustos le detuvieron y fuele preciso permanecer clavado en el lecho. Ahí paso el resto de la noche, á pesar de las ansias que le consumían y de los sollozos que le sofocaban.